

“¡Que no pueda yo, hermanos míos, exclamar como Moyses á las puertas del campo de Israel: si alguno pertenece al Señor, únase á mí! ¡Dios me sirve de testigo; Dios delante de quien estoy hablando; Dios á cuya presencia sirvo cada día; Dios que lee en todos los corazones. ¡Señor, vos lo sabéis: confuso y penetrado de dolor y admirando vuestra obra, no siento en mí ni el esfuerzo, ni el espíritu que son necesarios para ir á cumplirla! ¡Felices aquellos á quienes concedéis el hacerlo! ¡Feliz yo mismo, á pesar de ser tan débil y tan indigno, si pueden mis palabras encender en el corazón de algun sagrado ministro esa llama celestial con que un pecador como yo no merece estar inflamado!”

La inagotable imaginación del arzobispo de Cambray, no cesa en toda la serie de este discurso de presentarnos cuadros que se suceden sin asemejarse nunca, y crecen siempre en esplendor y en interés. Transportando á sus oyentes á aquellas regiones lejanas donde se complace en descubrir los consuelos y triunfos de los misioneros, describe con el mas tierno interés las costumbres sencillas, el fervor y la piedad de los pueblos orientales.

“Allí, dice, ninguno se atreve á ofrecer á la vista de aquellos fieles llenos de un fervor santo á nuestros tibios cristianos de la Europa, recelando con mucho temor que este ejemplo contagioso les enseñe á amar la vida y á abrir sus corazones á las alegrías emponzoñadas del siglo. El Evangelio, íntegro todavía, produce en ellos aún su natural expresión: porque forma pobres bienhadados, afligidos que hallan alegría en sus lágrimas, y ricos que temen tener su consuelo en este mundo; porque todo medio entre el siglo y Jesucristo es ignorado allí; porque no saben aquellas almas felices otra cosa que orar, ocultarse, sufrir y esperar. ¡Oh amable simplicidad! ¡Oh fe vírgen! ¡Oh alegría pura de los hijos de Dios! ¡Oh hermosura de los antiguos tiempos que Dios ha vuelto á producir en la tierra, y de la cual no nos resta á nosotros ya sino una triste y vergonzosa memoria! ¡Ah! ¡Infelices de nosotros! Hemos pecado, y nuestra gloria por esto nos abandona; vuela mas allá de los mares; un nuevo pueblo nos la arrebató: he aquí, hermanos míos, lo que debe hacernos temblar.”

Nada es mas bello que este último trozo. ¡Qué ternura en los sentimientos! ¡Qué sencillez tan agradable en la narración! ¡Cuánta nobleza en el estilo! Y sobre todo, ¡qué naturalidad en la transición al segundo punto! Ella es la imagen fiel de esos colores desvanecidos con tal arte, que

insensiblemente pasa la vista del uno al otro de los extremos. “¡Oh amable simplicidad! ¡Oh fe vírgen!” He aquí la alegría; pero no muy exaltada, sino con cierta melancolía que luego se trasluce y va creciendo suavemente hasta que domina del todo. “¡Oh hermosura de los antiguos tiempos, que Dios ha vuelto á producir en la tierra, y de la cual no queda entre nosotros ya sino una triste y vergonzosa memoria!” He aquí la alegría que inspiraba la primera parte, moderada ya por una idea muy desconsoladora. ¡Ah! ¡Infelices de nosotros! veamos aquí la perspectiva ya completamente variada: las naciones orientales han desaparecido, y los oyentes no pueden distinguir ya sino á sí mismos. “Hemos pecado, continúa, y nuestra gloria por esto nos abandona; vuela mas allá de los mares: un nuevo pueblo nos la arrebató. Esto es, hermanos míos, lo que debe hacernos temblar.” He aquí á la Francia que por cierta especie de encanto vino á reemplazar á las regiones del Oriente: he aquí una perspectiva óptica de las mas bellas: es la imagen de un cielo puro que repentinamente se ve cubierto de nubes espesas que arrebatan el día y la luz á los ojos de los hombres. Un cuadro nuevo se descubre á los espectadores; porque la alegría que en la primera parte se respira, no queda ya sino en la clase de una triste y vergonzosa memoria. ¡He aquí el verdadero orador!

SEGUNDA PARTE.

Al principio de la segunda parte, Fenelon pinta con la mas varonil y rica elocuencia la proscripción de los judíos y la defección de la creencia católica en las vastas regiones de Levante, “de donde la fe, dice, se levanta sobre nuestras cabezas como el sol. ¡Qué ha sido de aquellas famosas iglesias de Alejandría, de Antioquía, de Jerusalén, de Constantinopla, que tenían subordinadas á sí otras innumerables! Allí es donde por espacio de tantos siglos se focaban los mas negros errores aquellos concilios, y pronunciaron oráculos que vivirán eternamente: allí es donde con tanta majestad reinaba la antigua disciplina, modelo por el cual suspiramos hoy en vano. Aquella tierra esta-

“ha regada con la sangre de los mártires, exhalaba el perfume de las vírgenes; el mismo desierto florecia con sus solitarios. Pero todo ha sido asolado en aquellas montañas que destilaban leche y miel, y donde pacían libres de todo recelo los rebaños de Israel. ¡No son ahora mas que cavernas inaccesibles de serpientes y basiliscos!

“¿Qué ha quedado ya en las costas de la Africa, donde las juntas de los obispos eran tan numerosas como los concilios generales, y donde la lei de Dios aguardaba su explicacion de la boca de Agustin? Yo no veo mas que una tierra despidiendo todavía el humo del rayo que Dios ha lanzado sobre ella.”

“Nada puede presentarse, dice Maury, superior á este último rasgo que envidiaría á Fenelon la inspiracion mas poética; pero yo me engaño, porque va á verse otro movimiento oratorio de una impetuosidad aun mas vehemente, y una pintura de costumbres ejecutada con un buril mucho mas profundo y enérgico. Es ese hacinamiento de ideas de un efecto siempre progresivo, cuyo poder á veces desplegan los grandes oradores para subyugar y arrastrar á su auditorio, precipitando, por decirlo así, con la rápida aceleracion de un grande rio una elocuencia impetuosa, cuyo movimiento continuo arrastra todo lo que encuentra en su curso.”

“¿Qué haría la religion cristiana mas tiempo en aquellos pueblos corrompidos hasta la raiz, que no llevan el nombre de fieles sino para denigrarle y profanarle? Cobardes é indignos cristianos, por vosotros el cristianismo está envilecido y desconocido, por vosotros el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles; no sois mas que una piedra de escándalo en las puertas de la casa del Señor, para hacer caer á todos aquellos que se dirigen á ella en busca de Jesucristo. . . . El orgullo ha roto sus diques é inundado la tierra; todas las condiciones se han confundido: el fausto se llama cultura; los insensatos arrastran á los prudentes y los hacen semejantes á ellos; la moda es una lei tiránica, á la cual se sacrifican las mismas leyes; el último de los deberes es la satisfaccion de las deudas; los ministros del púlpito no se atreven á interceder ya en favor de los pobres á vista de la multitud de acreedores que hacen subir sus clamores hasta el cielo. Así es como la justicia hace enmudecer á la caridad; pero la justicia misma no es escuchada. . . . La simplicidad, la modestia, la frugalidad, la probidad exacta de nuestros padres pasan por virtudes rígidas y austeras de un tiempo demasiado burdo. Bajo el pretexto de civilizarse, los hombres desfallecen en el

“deleite, al paso que se obstinan contra la virtud y el honor: cada dia se inventan hasta lo infinito necesidades para autorizar las pasiones mas odiosas. ¡Detestable refinamiento de nuestros dias, monstruo de nuestras costumbres! La miseria y el lujo se aumentan como de concierto; prodigamos nuestro propio interes, para ser devorados mui pronto por la codicia de lo ageno. La ruina es el primer paso de la fortuna. ¡Quién podrá soportar las altanerías locas que afecta el orgullo, ni las bajezas infames que el interes obliga á cometer? Ya no se conoce mas prudencia que el disimulo, otra regla de las amistades que el interes, ni beneficio alguno que conserve la adhesion de los hombres desde que se les encuentra inútiles ó fastidiosos. Gastados hasta la médula de sus huesos por los sacudimientos y encantos de violentos y refinados placeres, los hombres no encuentran mas que una enfadada dulzura en los consuelos de una vida inocente; y desde que no se sienten animados por los furores de alguna pasion, caen en las mortales languideces del fastidio. ¡Es esto ser cristiano! ¡Vamos, vamos á otras tierras donde no estamos reducidos á ver tales discípulos de Jesucristo! ¡Oh Evangelio! ¡Es esto lo que vos enseñáis! ¡Oh fe cristiana! ¡véngate! ¡deja caer una eterna noche sobre la faz de esta tierra, de esta tierra cubierta con un diluvio de iniquidad!”

“Pero veamos, por último y sin lisonjearnos, cuáles son los recursos que nos quedan. ¡Qué autoridad será bastante á enderezar unas costumbres tan depravadas! Una sabiduría vana y sin sobriedad, una curiosidad soberbia y desenfrenada arrastra los espíritus: el Norte no cesa de producir nuevos monstruos de error; entre estas ruinas de la antigua fe todo cae, todo cae como á pedazos, y el resto de las naciones cristianas resiente las consecuencias de este formidable golpe; véense los misterios de Jesucristo sacudidos con fuerza hasta sus fundamentos; hombres profanos y temerarios han salvado las barreras y enseñado á dudar de todo; esto es lo que oímos todos los dias: un ruido sordo de impiedad que viene á herir nuestros oidos, despedaza nuestro corazon. Despues de haberse corrompido en lo que conocen, blasfeman de lo que ignoran. ¡Prodigio reservado á nuestros dias! ¡La instruccion se aumenta y la fe se disminuye! La palabra de Dios, que antes era tan fecunda, llegará á ser estéril entre nosotros si la impiedad se atreviese á ello; mas esta tiembla bajo el poder de Luis, quien, semejante á Salomon, la disipa con

“ sus miradas. Sin embargo, entre todos los vicios ninguno se teme mas que el escándalo; ¡qué digo! el escándalo mismo está en su colmo: porque la incredulidad, aunque tímida, no está muda, pues sabe deslizarse blandamente en las conversaciones, tan pronto con envenenados chistes, tan pronto con cuestiones en que se quiere tentar á Jesucristo á semejanza de los fariseos. Entre tanto la ciega prudencia de la carne que se arroga el derecho de moderar la religion, deshouna y enerva la poca fe que queda entre nosotros. Cada cual marcha por el camino que le señala su propio juicio, é ingenioso para engañarse á sí mismo, se forma una falsa conciencia. Reconoced la autoridad de los Pastores, y lograréis la uniformidad de la disciplina. El desarreglo, incapaz de contentarse con que se le tolere, quiere ser la regla misma, y llama exceso á cuanto se le opone. La casta paloma, cuyo patrimonio aquí abajo son las lágrimas, redobla sus gemidos. El pecado abunda, la caridad se resfría, las tinieblas se espesan, el misterio de la iniquidad se forma, y en estos dias de ceguedad y de pecado hasta los elegidos serian engañados, si pudieran serlo. La antorcha del Evangelio, que debía dar la vuelta al mundo, termina su carrera. ¡Oh Dios! ¡Qué veo! ¡Dónde estamos! ¡El dia de la ruina está cercano, y los tiempos se apresuran á llegar! Pero adoremos en silencio y temblando el impenetrable secreto de Dios.”

Así concluye Fenelon la segunda parte de este magnífico discurso. Tal vez ninguno de su clase podrá ofrecerse al paralelo, para obtener sobre esta pieza el fallo de una superioridad indisputable. Si se trata de las pruebas, ¡cuánto no resplandecen aquí la copia mas sorprendente de doctrina, el predominio sobre la historia, la erudicion del mejor gusto, la mas adecuada y perfecta filosofía, la concordia de cuanto mas escogido abrazan en su inmenso conjunto la erudicion sagrada y la profana con lo que mas arrebatada y subyuga en un entendimiento claro y penetrante; las verdades austeras de la moral con los atavíos primorosos y exquisitos de una feliz imaginacion! No se encuentran aquí ni las prolijidades que fastidian, ni las sutilezas que atormentan, ni las pesadas discusiones que cansan, ni las vanas imágenes que esterilizan, ni el follaje y la hinchazon que nunca satisfacen, ni la sencillez lánguida que obstruye la fuente del sentimiento, ni la luz que ofusca, ni las flores que se marchitan. Los movimientos, tan suaves como el alma de Fenelon, son tal vez mas irresistibles que la voz impetuosa de Bossuet. Sencillo,

pero al mismo tiempo elevado, aquel orador estimable derrama la claridad sobre cuanto expone, y levanta al mismo tiempo el espíritu de los fieles que le escuchan, hasta la altura de sus grandes pensamientos. Su estilo se desliza como una blanda corriente, mas arrastra al mismo tiempo como los caudalosos rios; y mientras respeta en sus márgenes á la tierna y delicada rosa, postra en los bosques al orgulloso cedro y á la robusta encina.

EPILOGO.

¡Como cerrará el orador esta obra maestra de la elocuencia religiosa! ¡Tronará como Bourdaloue contra los vicios de su patria! ¡anunciará como Massillon el fin de los tiempos, ó descorrerá como Bossuet el misterioso velo del sepulcro ante un auditorio de reyes! No temáis sorprender al Cisne de Cambray fuera de aquella tranquila y deliciosa senda tocada solo por su planta. Recorred el campo inmenso de la filosofía, subid á colocaros en las faldas del Pindo, examinad las correspondencias de una amistad sincera, escuchad sus consejos místicos á las almas piadosas, dad la vuelta á la esfera indefinida de la política, id á conversar en el sepulcro con los que ya gozaron de la vida, pedid á la naturaleza que os revele sus arcanos, buscad, finalmente, al genio del orador en el teatro vastísimo de la elocuencia, ¹ y siempre encontraréis, y por todas partes, á este hombre privilegiado, á este vencedor sin vencidos, á esta alma feliz que no tuvo modelo; encontraréis por todas partes la sublimidad humilde, la serena ternura, el apasionado interes, la caridad inflamada, el prudente celo, la dulzura inimitable; la imaginacion única, la virtud ilustre y seductora del amable Fenelon.

Vedle cómo se recoge, cómo busca en la inmensa familia del género humano aquellas pocas almas que en el silencio de su retiro conservan inextinguible la luz de la fe y el fuego puro de la caridad: vedle postrado al pié del trono del Eterno, deshecho en lágrimas y reclamando con ellas las gracias de la redencion. Su patria entónces presente á su espíritu, parece inspirarle aquellos sentimientos de ternura que fluyen de sus labios para elevarse hasta el cielo.

1 Alusiones todas á los diferentes géneros en que se ejerció Fenelon.